

LA HISTORIA Y EL PATRIMONIO LOCAL COMO ESCUELA DE RESILIENCIA

Dr. FRANCISCO JAVIER DURÁN GARCÍA

Director de "El Hinojal"

A poco que sigamos los titulares en los medios de comunicación, y haciendo una lectura cortoplacista, podemos llegar a la conclusión de que la pandemia ocasionada por el virus COVID-19 es poco menos que el fin del mundo. No negamos que se trata de una situación grave, pero no más cruenta que otras epidemias, catástrofes naturales o conflictos humanos que se han sucedido a lo largo de la historia, también en nuestra propia crónica local.

Es una buena ocasión para traer a colación las múltiples desgracias que han asolado a la población de nuestra Ciudad a lo largo de los siglos. Las adversidades nos han acompañado desde los tiempos fundacionales —comienzos del s. XIV—, donde la aldea de Moncovil subió de rango, alcanzando la entidad y denominación de Villafranca, quizás con el fin de asentar población al territorio en plena crisis bajomedieval ocasionada por el hambre, la guerra y la peste. Precisamente en el primer número de *El Hinojal* se recogió un interesante artículo sobre esta cuestión de Juan José SÁNCHEZ GONZÁLEZ, con el título "Hambre, guerra y peste: la difícil supervivencia de Villafranca en los siglos XIV y XV".

Siguiendo con las desdichas pasadas, la vecindad de Villafranca también conoció las nefastas secuelas de la guerra y, entre todas, la más dolorosa, la pérdida de seres queridos. Atrás quedan las ofensivas con Portugal que se sucedieron en el s. XVII, a la sombra de la Guerra de Restauración portuguesa, donde nuestra gente y nuestras tierras fueron inmediata retaguardia, reemplazo de milicia y almacén desabastecido. Luego vendrían las consecuencias de más guerras como la de Sucesión en el s. XVIII, la Guerra de la Independencia en el s. XIX, o la Guerra Civil en el s. XX. De una u otra forma, todas ellas perduran en nuestra piel urbana y en nuestra memoria colectiva, pues es muy difícil borrar tanto dolor, pérdida y miedo.

Villafranca no sólo ha padecido a consecuencia de la acción perversa y el enfrentamiento entre humanos. Nuestra situación geográfica como cruce de importantes vías y en pleno centro de la región, sumado a la ausencia de barreras naturales, ha supuesto siempre una ventaja en épocas de bonanza económica, pero también la oportunidad para la llegada de epidemias y enfermedades desde otras latitudes. En esta triste nómina encontramos, por ejemplo, boletines sobre la epidemia de cólera que sufrió la población a mediados del s. XIX. También en nuestra Ciudad se propagó de manera cruenta la enfermedad de la gripe en 1918. Todas estas pandemias causaron muertes y crisis económica, afectando

especialmente a la población más vulnerable y empobrecida. Triste coincidencia, las medidas adoptadas en aquellos tiempos por las autoridades —y la falta de medios— son muy similares a las que ahora se adoptan: aseo y limpieza de las calles; cierre de centros escolares; carencia de recursos antisépticos; confinamiento en casa; control estricto de las entradas y salidas del término; cierre del cementerio y prohibición de toda manifestación externa de cultos.

Concluimos este necesario repaso poniendo el foco en las desgracias naturales que también han dejado su zarpazo en nuestra historia local. Tan famosa como destructiva fue la plaga de langostas que asoló nuestra comarca en el s. XVI. Más recientes pero igual de ruinosas fueron las plagas de la filoxera—finales s. XIX— y la helada de 1977; fenómenos que casi acaban con las vides de todo el término municipal. Años de hambre y desespero. En último lugar, toca hacer mención de las periódicas riadas en el Arroyo Tripero; destaca la avenida de 1903 que provocó la inundación de viviendas y puso en marcha las primeras obras de canalización, pero especialmente las 1949 y 1952, donde hubo que lamentar la pérdida de vidas humanas.

El patrimonio de Villafranca de los Barros guarda huellas de cómo se superaron estas tragedias. Algún día retomaremos la pista que se perdió en el s. XVIII y aparecerán los cimientos de la antigua ermita de los santos Mártires san Fabián y san Sebastián, protectores contra la peste. Mientras tanto podremos acudir a san Roque, mediador contra las epidemias, cuya talla barroca se conserva en la Parroquia de Sta. María del Valle. La devoción mariana no es ajena a estas penalidades y así queda refrendado en el manto de rogativas que se conserva en el santuario de la patrona. Igualmente encontramos pistas en la traza urbana, siendo los ejemplos más destacados el Hospital en la Calle Daoiz y Velarde —actual Colegio de la Inmaculada y San Ignacio, que se construyó "para los atacados graves y pobres de gripe"; el canal sobre el arroyo Tripero; o la mezquita levantada en el recinto del Colegio de San José cuando fue utilizado parcialmente como Hospital de Sangre Marroquí.

Podemos quedarnos en el análisis de los datos y en la contemplación del patrimonio, pero desde aquí queremos hacer una invitación al aprendizaje. La historia local nos enseña cómo Villafranca de los Barros es resiliente, esto es, una comunidad viva que ha demostrado su capacidad para recuperarse ante las situaciones hostiles y para adaptarse ante cualquier agente perturbador. Aquí hemos recogido algunos ejemplos y tenemos muchos más. Por lo tanto, no dejemos que el ánimo desfallezca y superemos esta pandemia con el ejemplo de quienes nos precedieron.

Mayo 2020.